

CEL. ¿Por qué no?
PUNT. (A Natillas.) ¿No te decía que se las dan de valientes? Gracias á que son tan pocos, y gracias á que uno puede dominar el genio, y ¡vamos! que te digo que esta gente de Aranjuez no me conoce todavía... ¡me parece!

NAT. Te diré. Tengo sospechas de que ya van conociéndote.
PUNT. ¡Conque, hasta luego, Natillas, y conste que se agradecen tus cuidados; pero conste que yo no sé contenerme, y que mañana... te juro que voy á ver quién es ese!

NAT. (1) ¿Mañana ó pasado?
PUNT. Digo que mañana, en cuanto llegue.
TOR. ¡Tendrá que ver!

PUNT. (2) (Medio mutis.) ¡Ah, señores, ya me olvidaba de ustedes!

CEL. ¿Y qué?
PUNT. ¡La verdad! No quita lo cortés á lo valiente.
TOR. ¡Adiós, Juan Bravo! (Dándole la mano.)
PUNT. (El mismo juego.) ¡Mil gracias! ¡Me voy á ver qué sucede con eso del *choricero*, del Príncipe y de los reyes, porque, si no me consultan, es posible que se enrede!

NAT. ¡Hombre, sí; vete á arreglarlo!
PUNT. Pero, ¡qué! ¡inmediatamente! (Mutis de jaque, bien estudiado.)

(1) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Natillas—Puntilloso.
(2) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Puntilloso—Natillas.

ESCENA V

NATILLAS, TORIBIO, CELEDONIO y VECINOS

TODOS ¡Já, já, já!
TOR. (1) Pero, ¿de dónde has sacado á esa fiera?
NAT. ¿Yo? Pues si en Madrid, en el Barquillo, es más conocido que el sol.
CEL. ¡Pues me parece que aquí lo vamos á poner á la sombra!

NAT. ¡Por mí!...
TOR. Y, hablando de todo, vamos á ver, que tú lo sabes, de fijo. ¿Quién es el hombre?
NAT. ¿Quién? ¿El de la Irene?
VEC. 2.º ¡Claro!
NAT. Pues... no lo sé.
TOR. ¡Mentira!
NAT. ¡Bueno!
CEL. Pero, ¿es posible que entendiéndoos, como os entendéis, la tía de la muchacha y tú?...
NAT. Pues, ahí verás. Que ni entro en la casa, ni he podido arrancarle media palabra de verdad...

TOR. Vaya, que disimulas.
NAT. Vaya, ¡que por estas!
CEL. Bien, hombre, bien.
VEC. 2.º Y que nos están aguardando en la hostería del Albillo...
NAT. También es verdad.
TOR. (2) ¿Vamos?
CEL. Vamos.
TOR. Vente, hombre.
NAT. No puede ser. ¡Yo tengo mis quehaceres!
TOR. Pero, ¡qué importancia! ¡Qué has de tener tú, si no eres nadie!

CEL. Vamos, hombre.
VEC. 2.º Vamos.
CEL. ¡Déjalol!

(1) Vecino 2.º—Celedonio—Natillas—Toribio.
(2) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Natillas.

ESCENA VI

NATILLAS

¡Que no soy nadie! ¿Nadie? ¡Y hay en mí
nada menos que cuatro hombres diferentes!
¿A que sí?

Música

Para este número deberán tenerse en cuenta las siguientes indicaciones. Cuando se refiere Natillas á los tipos que describe núm. 1 y núm. 2, se coloca en dos puestos diferentes, á la izquierda de la concha, yendo de izquierda á derecha, y cuando al núm. 3 y número 4, á la derecha de la concha en la misma dirección.



Cuando habla por sí y ante sí se replega un tanto al centro de la escena, colocándose detrás de la concha, (en el sitio marcado con dos cruces.)

Número uno. Soy un mozo
como se estilan por allí,
y cuando digo que por allí,
¡dónde ha de ser si no en Madrid!

Como que aquí
donde me ven,

¿saben ustedes dónde nací?
¡Pues en la calle del Avapiés!

Número dos. Yo soy un pinche
de una cocina casi réal,
y cuando digo casi réal,
¡ya se comprende si estoy mal!

Como que yo
para servir,
sirvo á la gente de posición,
¡que es la que luego me sirve á mí!

Número tres. Soy un terrible,
un espantoso conspirador,
y cuando digo conspirador,
¡digo que digo quien soy yo!
Como que aquí
¿no sabe usted

lo que tramamos para el motín?
¡dentro de poco se lo diré!

Número cuatro. Soy el novio
de una señora muy principal,
y cuando digo muy principal
y que me quiere sin un réal,
claro se ve
cómo será.

Pues más dulzona que la miel...
¡y con más años que un palmar!

(Yendo al centro de la escena.)

Esto es lo que he sido
y lo que soy hoy;
digo... lo que somos
y no lo que soy.

(Repitiendo el juego de antes.)

Suenen las bandurrias,
suenen las vihuelas;
yo soy más alegre
que las castañuelas,
y en viendo á una moza
de gracia y salero,
le tiendo la capa,
le tiro el sombrero.

De las profesiones
me gusta la mía,
pero sobre todo
la repostería;
las fuentes de dulces,
los platos montados
y los ramilletes
muy bien adornados.

Vengan los fusiles,
vengan los tambores;
los necesitamos
los conspiradores.
Yo no sé qué cosas
voy á hacer si empiezo.
A Godoy por pillo
le corto el pescuezo.

—
¿Qué tienes, mi gloria?
¿Qué tienes, mi encanto?
¿Dices que eres vieja?
No, mujer, no tanto.
Pues si eres más dulce.
tú, pichona mía,
que todos los dulces
de repostería.

—
(Al centro.)
Estas son las cosas
que tuve y que tengo;
digo, que tuvimos,
digo que tenemos.

—
(Repitiendo el juego.)
Para las hembras
con rumbo y sal,
yo soy un mozo
de calidad.

—
Para los dulces
logro tener,
manos de azúcar,
ojos de miel.

—
Para la nueva
conspiración,
yo soy un hombre
de corazón.

Y para el culto
de mi beldad,
soy una anguila
de mazapán.

(Al centro.)
Los cuatro tipos
conmigo van,
conmigo viven
en santa paz;
¡ay! pero á veces
alzan la voz,
y se peléan
de un modo atroz.

—
(Fingiendo la disputa.)
«¡Mal repostero!»
«¡Mal bailarín!»
«¡Pinche grosero!»
«¡Joven ruin!»

—
(Al centro.)
¡Número uno,
número dos!
¡Silencio! ¡A casa!
¡Ya se acabó!

—
(Fingiendo la disputa.)
«¡Novio de vieja!»
«¡Conspirador!»
«¡Galán marchito!»
«¡Mira que yo!»

(Al centro.)
Número cuatro,
número tres.
¡Silencio! ¡A casa!
¡Por vida del...
Dentro de mí
los encerré,
juntos y en paz
van otra vez.

¡Sólo quedó
mi propio ser,
un servidor!

—
Pepe González
y Cabezón,
(vulgo *Natillas*.)
¡Este soy yo!
¡Yo!
¡Yo!

ESCENA VII

NATILLAS y DOÑA TUMBAGA. Esta sale resueltamente por la derecha, dirigiéndose hacia Natillas

Hablado

NAT. (1) ¿Qué miro? ¿Dios santo?
TUM. ¡Mi bien!
NAT. ¿Qué te pasa?
¿Cómo tan de noche sales de tu casa?
TUM. Mira que ninguno de los dos lo sabe.
NAT. Pero, ¿cuando vuelvas?
TUM. ¡Yo tengo mi llave!
(Transición.)
¡Por Dios no me riñas!
Llevaba sin verte lo menos diez horas mortales...
NAT. (¡Qué muertel!)
TUM. Y como sabía, porque eres así, que estabas de fijo muy cerca de mí...
NAT. Escucha.
TUM. ¡No puedo

(1) Doña Tumbaga— Natillas.

vivir sin oírte!
¡Dil!
NAT. ¡Se me ha olvidado lo que iba á decirte!
TUM. ¡Qué lástima!
NAT. ¿Lloras?
TUM. ¡Jesús, qué sería!
NAT. ¡Ah! Sí, ya me acuerdo.
¿Me quieres, Sofía?
TUM. ¿Tú me lo preguntas? ¿que si yo te quiero?
NAT. ¡Dímelo, pichonal!
TUM. ¡Más que al mundo entero!
NAT. Pues, dime.
TUM. ¿Qué quieres?
NAT. ¿Quién es ese hombre?
TUM. No puedo...
NAT. Me engañas
TUM. No puedo...
NAT. ¡Su nombre!
TUM. ¡No puedo, bien mío, por más que me pesel!
NAT. ¡Yo si que no puedo saber quién es esel!
Y no te figures que es que soy curioso.
TUM. No; ¡si ya comprendo que es que estás celoso!
¿Y, por qué has de estarlo?
NAT. ¡Por lo que me quieres!
¡Asusta lo listas que sois las mujeres!
(Doña Tumbaga se ruboriza.)
TUM. No te ruborices.
¡Ya ves tú!...
(Natillas besa en la mano á doña Tumbaga.)
¿Qué es eso?
NAT. ¡Qué cosa tan dulce!
TUM. ¡Pues no es más que un besol!
NAT. ¡Miren la osadía del picaronazo!
TUM. Si me lo permites, ¡te doy un abrazo!
NAT. ¡Me voy, que me espantas!

NAT. ¡Qué tonta!
TUM. ¡Qué loco!
(Cediendo.)
¡Con mucho cuidado!
NAT. ¡Muy poquito á poco!
(Abrazándola estrechamente.)
¡Ay! que eres más dulce
tú, gacela mía,
que todos los dulces
de repostería.
TUM. ¡Ay! mi bien amado...
NAT. (¡Ay!)
TUM. Que yo te quiero...
NAT. (¿A que lo adivino?)
LOS DOS ¡Más que al mundo entero!
TUM. ¡Ay! ¿Por qué las horas
tan dulces se acaban?
NAT. ¡Ay, si así nos vieran!
TUM. ¡Ay, no!
NAT. (Nos mataban.)
TUM. ¡Ay, qué bien estamos!...
NAT. Unidos los dos.
TUM. ¡Ay, Jesús! ¡Un hombre!
(Se aparta rápidamente de los brazos de Natillas.)
NAT. ¡Ay, gracias á Dios!
(Doña Tumbaga hace mutis rápidamente por la derecha.)

ESCENA VIII

NATILLAS y DON CÁNDIDO que sale por la izquierda

CÁND. (1) Natillas, no me lo niegues. Te espiaba.
¡Lo he visto todo!
NAT. Lo siento... por usted.
CÁND. Esa mujer te adora.
NAT. Sí, señor, afortunadamente. ¡Es mucha prenda
ría la que tiene en Madrid!
CÁND. ¡Ah!
NAT. ¿No habéis visto las luminarias que lleva en

(1) Natillas—Don Cándido.

los dedos? ¡Si en todo el barrio no la llaman
más que doña Tumbaga!
CÁND. ¿Y tú la quieres?
NAT. No, señor; me dejo querer.
CÁND. Es lo mismo.
NAT. No; es más cómodo.
CÁND. Cuestión de gustos.
NAT. Adelante.
CÁND. Natillas, tú lo sabes; yo no como.
NAT. Hace usted mal.
CÁND. Yo no bebo.
NAT. Hace usted bien.
CÁND. Yo no fumo, yo no...
NAT. ¡Vamos, que le sale á usted la vida por una
friolera!
CÁND. Esa mujer me tiene trastornado!
NAT. (Por doña Tumbaga.) ¿Esa?
CÁND. No, hombre, no; si ya lo sabes. ¡La Irene!
¡Ay, qué guapa, y qué guapísima y qué re-
teguapísima es! ¡Anda con Dios!
NAT. ¿Pero usted no sabe que la Irene trae ya su
cortejo?
CÁND. Habladurias.
NAT. ¡Bueno! Yo no sé quién es, pero sé, por la
vieja, que es hombre y persona de campan-
nillas... Y además, hay en Aranjuez un ca-
pitancito de guardias que dicen que si tuvo
ó no tuvo en Madrid con la Irene. Y un
majo, pero ¡qué majo! el *Puntilloso*, que tam-
bién bebe los vientos por ella. Y además,
que la Irene es una muchacha buena, sí,
señor, á carta cabal, pero tiene un genio que
no es para usted. ¡Es una loca de atar! Un
diablillo con faldas. De chica corría á todas
las del barrio. De mujer no ha retrocedido
ante nada. Y, en fin, que lo que usted quie-
re es que yo con la tía y la tía con la otra y
usted...
CÁND. Oye un instante: por hacerla saber que la
adoro y que soy el hombre que la conviene...
cuanto quieras.
NAT. Eso es indigno de mí.
CÁND. ¡Cinco onzas!
NAT. ¡Eso es indigno!

CÁND. ¡Ocho!
 NAT. ¡Eso esl...
 CÁND. ¡Diez!
 NAT. ¡Eso!...
 CÁND. ¡¡Veinte!!
 NAT. Eso ya es otra cosa. ¿Dónde están?
 CÁND. ¡Ven á verlas!
 NAT. No está mal, que así deben principiar los conocimientos: por la presentación.

ESCENA IX

DICHOS y el PUNTILLOSO por la izquierda

(Van á salir, cuando el Puntilloso se acerca á Natillas dándole una palmada en el hombro.)

PUNT. (1) Natillas, escucha.
 NAT. (Volviéndose.)
 ¡Mal rayo me parta!
 Dí. (A don Cándido.) Con su permiso.
 CÁND. (Separándose.)
 ¡No te apures! Habla.
 NAT. (Al Puntilloso)
 ¿Qué quieres? Volando.
 PUNT. Mira, te buscaba.
 porque los amigos...
 NAT. Que estoy sobre ascuas.
 PUNT. Pues, dime y te dejo.
 ¿No he cobrado fama,
 con esos amigos
 tuyos que aquí estaban
 hace media hora,
 de valiente?
 NAT. (Impaciente.) ¡Vaya!
 (Don Cándido se pasea por el fondo fijándose mucho en el Puntilloso.)
 PUNT. Pues bien; es el caso
 que abajo en la plaza
 he tenido poco
 después otra zambra
 con un individuo

(1) Puntilloso—Natillas—Don Cándido.

de muy mala facha,
 ¡y he sido otro hombre!
 NAT. ¡Que me alegro!
 PUNT. ¡Calla!
 NAT. Lo menos le diste
 cuatro bofetadas.
 PUNT. Lo miro, y me mira;
 me planto, y se planta;
 le toso, y me tose;
 me exalto, y se exalta;
 me llama «granuja,»
 «cobarde» me llama,
 y yo, consumido,
 loco ya de rabia...
 me quedo parado
 sin decirle nada,
 ¡no por nada! sino
 porque hay circunstancias
 en las que no puedo
 dar con las palabras.
 NAT. ¡Ya!
 PUNT. Pero yo digo,
 y escucha. En la plaza,
 con ese cobarde,
 quizás no quedara
 tan bien como en otros
 lances de importancia;
 pero como al hombre
 con mirarlo basta,
 y como no hacia
 ni media hora escasa
 que con tus amigos,
 ¡que son gente brava!
 quedé como quedan
 los hombres con alma...
 NAT. ¡Vaya!
 PUNT. Los que tienen
 sangre en las entrañas...
 NAT. ¡Vaya!
 PUNT. Me conformo.
 NAT. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!
 PUNT. ¿No es verdad, Natillas?
 NAT. (Rápidamente.)
 ¡Adiós!

PUNT. ¿Ya te marchas?
 NAT. Don Cándido, vamos
 á ver á esas damas.
 PUNT. Lo que yo decía.
 ¡Si me lo encontrara!
 NAT. (Volviendo.)
 Oye. No te pierdas.
 Calma. Mucha calma.
 PUNT. Se hará lo posible;
 ¡pero si me exaltan!...
 NAT. Conque hasta la vista.
 PUNT. Conque hasta mañana,
 que has de ver á un hombre
 entrando en la casa
 de la Irene.
 NAT. ¡Digol
 ¡Ya no me acordaba! (Yéndose.)
 Adiós... *Puntilloso.*
 CÁND. (A Natillas.)
 ¿El?
 PUNT. ¡Adiós, alhaja!
 CÁND. ¿El que me decías?
 NAT. (A don Cándido.)
 ¡Y cómo las gasta!
 PUNT. (Mirando á Natillas de arriba á abajo.)
 El pobre no tiene
 media bofetada.
 (Salen Natillas y don Cándido por un lado y el Puntilloso por el otro.)

Música

(Desde las últimas frases que preceden al mutis, oyese un «ritornello» del coro de las vecinas. Salen éstas por la izquierda, misteriosamente, cuchicheando entre sí, y van desapareciendo por las puertas de las casas y por la derecha, haciendo grandes aspavientos.)

¿Ha visto usted?
 ¡Jesús, qué horror!
 ¡Cómo está el mundo!
 ¡Valgame Dios!

(Cae un telón supletorio y principia un INTERMEDIO de orquesta. Muy poco antes de concluir el intermedio, hácese la)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín del Príncipe en Aranjuez. Gran perspectiva, de tonos brillantes. En el centro de la escena un alto macizo de boj, que remata en el sitio necesario para dejar libre el primer término, en un pedestal que sostiene un jarrón de piedra. Al pie del pedestal, por un lado y otro, bancos de piedra también. Es de día.

ESCENA X

IRENE, DOÑA TUMBAGA, DON LUIS, EL PUNTILLOSO, NATILLAS, DON CÁNDIDO. Irene aparece de pie, apoyando un brazo en el pedestal. Viste de maja, con mantilla blanca y flores, destacando su busto sobre el fondo del jarrón. Doña Tumbaga, en un banco de frente al público, mirando de reojo á Natillas, plantado picarescamente junto á la primera caja del mismo lado. Por el opuesto, y en el mismo sitio, don Cándido, contemplando amorosamente á Irene. En segundo término, á la izquierda, procurando distinguir á Irene por encima del maeizo de boj, el Puntilloso. En último término á la derecha, don Luis, con uniforme de capitán de guardias, asiste á la escena con cara de enojo. Todas estas figuras deben estar quietas, formando durante algunos momentos un cuadro plástico. De pronto, hace Irene un movimiento de impaciencia, golpeando el pedestal con el abanico, y descomponiendo el cuadro. Coincide con un fuerte en la orquesta; todas las figuras menos la suya y la de doña Tumbaga, desaparecen rapidísimamente y acaba el número

ESCENA XI

IRENE y DOÑA TUMBAGA

Hablado

IRENE (1) Otra vez rondándome. (Con satisfacción.)
 ¿Lo has visto?
 TUM. ¿A quién?
 IRENE ¿A quien ha de ser? A Luis.
 TUM. ¿A Luis? ¡Clarol Pica, pica...

(1) Irene—Doña Tumbaga.